



# Qué es la caridad. ¿Es posible vivirla hoy?

**Julián Carrón**

Presentación de *Charity*, tercer volumen  
de *Is It Possible to Live This Way?*  
(Dublín, 7 de enero de 2010;  
Nueva York, 17 de enero de 2010;  
Montreal, 18 de enero de 2010)

**Presentación de *Charity*, tercer volumen de *Is It Possible to Live This Way?*  
(Dublín, 7 de enero de 2010; Nueva York, 17 de enero de 2010;  
Montreal, 18 de enero de 2010)**

JULIÁN CARRÓN

**C**on este texto (*Is It Possible to Live This Way? Vol. 3 Charity*, Mc. Gill-Queen's University Press, Montreal 2009) finaliza la publicación en inglés del itinerario del libro de don Giussani *Si può vivere così?* en torno a las tres virtudes teológicas: fe, esperanza y caridad. Don Giussani nos ofrece nuevamente el ejemplo de un diálogo sobre la naturaleza de la experiencia cristiana que emerge desde la dinámica de la vida cotidiana. En él fe, esperanza y caridad no son palabras que se superpongan desde fuera de la existencia humana, sino que constituyen un hecho que entra en la estructura del yo, en su autoconciencia, con la "pretensión" de responder al problema de la vida. Hoy en día se pone en cuestión que merezca la pena vivir la vida. En este libro, don Giussani nos acompaña para que redescubramos el valor de palabras que explican la vida, palabras cuyo significado original han perdido los hombres hace ya tiempo, de forma que ahora son vistos como términos abstractos o como un peso inútil.

Por este motivo, palabras como "amor" y "caridad" no gozan de buena fama en nuestra época. Triunfan, en cambio, sus versiones reducidas, que en su mayoría dependen de los "intereses" de los que detentan el poder: el sentimentalismo –amar y hacer el bien porque a uno le apetece– y el moralismo –amar y hacer el bien porque se debe hacer–. Detrás de estas palabras puede esconderse además un deseo de aparentar, de figurar, que hace preguntarse si ese amor está dictado por un verdadero interés por la persona hacia la que se dirige nuestro gesto de amor o por un egoísmo mal escondido.

En su primera encíclica, el mismo Benedicto XVI nos ha puesto en guardia ante la confusión existente a la hora de usar palabras como "amor" y "caridad": «El término "amor" se ha convertido hoy en una de las palabras más utilizadas y también de las que más se abusa» (*Deus caritas est*, 2).

Es difícil superar este escollo si no estamos dispuestos a aprender de la experiencia que todos hemos tenido al menos una vez en la vida: ha-

ber sido objeto de un acto gratuito. Es fácil encontrar personas que dudan de la existencia del bien, que es reducido a factores como el beneficio, la comodidad, la costumbre u otras cosas. Pero cuando uno experimenta que es querido de forma gratuita, todas estas interpretaciones se derrumban ante la experiencia. Si esto sucede ante el gesto desinteresado de otro ser humano como nosotros, ¿qué sucederá, con mayor motivo, ante el gesto de caridad de Dios por nosotros? Por eso, afirma el Papa: «El amor de Dios por nosotros es una cuestión fundamental para la vida y plantea preguntas decisivas sobre quién es Dios y quiénes somos nosotros» (*Ib.*).

Empecemos por la segunda pregunta (¿quiénes somos nosotros?) para tratar de comprender hasta qué punto es fundamental para nosotros el amor de Dios. No podremos comprender qué es la caridad si no tomamos conciencia de nuestra naturaleza necesitada. Ésta se pone de manifiesto en la relación con todas las cosas: nada nos basta.

**1. «¿DE QUÉ ES FALTA ESTA FALTA?»**

El poeta italiano Mario Luzi describe de forma insuperable en qué consiste nuestra naturaleza: «¿De qué es falta esta falta, / corazón, / que de golpe estás lleno de ella? / ¿De qué? / Roto el dique / te inunda y te sumerge / toda tu indignancia. / Viene, / tal vez viene, / desde más allá de ti / un reclamo / que ahora no escuchas porque agonizas. / Pero existe, y custodia su fuerza y su canto / la música perpetua... volverá. / Quédate tranquilo» («Di che è mancanza...», en *Sotto specie umana*, Garzanti, Milán 1999, p. 190).

La naturaleza de esta falta se vuelve evidente cuando tratamos de responder a ella. Los placeres constituyen con frecuencia el primer intento de colmar el vacío de esta falta. Pero nos espera una sorpresa, descrita por Cesare Pavese de forma magistral: «Lo que un hombre busca en los placeres es un infinito, y nadie renunciaría nunca a la esperanza de conseguir esta infinitud» (C. Pavese, *El oficio de vivir*, Seix Barral, Barcelona 1992, p. 198).





Habitualmente creemos que podemos encontrar en el amor una respuesta a la altura de nuestro deseo. La razón de esta esperanza nuestra nos la recordaba el Papa: «Destaca, como arquetipo por excelencia, el amor entre el hombre y la mujer, en el cual intervienen inseparablemente el cuerpo y el alma, y en el que se le abre al ser humano una promesa de felicidad que parece irresistible, en comparación del cual palidecen, a primera vista, todos los demás tipos de amor» (*Deus caritas est*, 2). Por eso, nada nos permite comprender el misterio de nuestra humanidad como la relación entre un hombre y una mujer.

Se trata exactamente de la misma experiencia que expresa de forma inolvidable Giacomo Leopardi en una poesía: «Rayo divino pareció a mi mente / tu belleza, mujer» (*Aspasia*, vv. 33-34). El poeta percibe la belleza de la mujer como un rayo divino, como la presencia de lo divino.

La belleza de la mujer es un signo que remite más allá, a algo más grande, algo divino, algo que no guarda proporción con su naturaleza limitada, como describe Romeo en el drama de William Shakespeare: «Muéstrame una dama que sea muy bella.

¿Qué hace su hermosura sino recordarme a la que supera su belleza?» (*Romeo y Julieta*, I, 1).

Aquí reside la grandeza del hombre, en este «no poder estar satisfecho de ninguna cosa te-

rrena, ni, por así decirlo, de la tierra entera; el considerar la incalculable amplitud del espacio, el número y la mole maravillosa de los mundos, y encontrar que todo es poco y pequeño para la capacidad del propio ánimo; imaginarse el número de mundos infinitos, y el universo infinito, y sentir que nuestro ánimo y nuestro deseo son aún mayores que el mismo universo, y siempre acusar a las cosas de su insuficiencia y de su nulidad, y padecer necesidades y vacío, y, aun así, aburrimiento, me parece el mayor signo de grandeza y de nobleza que se pueda ver en la naturaleza humana» (G. Leopardi, *Pensamientos*, LXVIII).

Ante la experiencia de que nada corresponde de forma sensible a la grandeza de nuestro deseo, y de que, al mismo tiempo, no podemos arrancar de nosotros este deseo, es inevitable que antes o después tratemos de responder a este vacío con una posesión que no puede más que estar llena de violencia y de pretensión. Y ésta sería nuestra suerte: terminar en el escepticismo, desesperando de que haya algo capaz de estar a la altura de nuestro deseo.

Pero, desde las entrañas más íntimas del hombre, brota una hipótesis deseable: «Un imprevisto es la única esperanza. Pero me dicen / que es una estupidez decírselo» (E. Montale, *Antes del viaje*, vv. 25-28).

Pues bien, este imprevisto ha sucedido. >>>

» 2. «CRISTO ME ATRAE POR ENTERO,  
TAL ES SU HERMOSURA»

Nosotros estamos acostumbrados por nuestra tradición a escuchar hablar de la caridad de Dios. Y por eso nos cuesta mucho reconocer la novedad que introdujo el cristianismo en el mundo antiguo, que se caracterizaba por lo que en términos modernos llamaríamos «multiculturalismo»: en el panteón había espacio para cualquier religión, había una multiplicidad de cultos.

Por este motivo, llama la atención lo rápido que fue percibida la novedad del cristianismo, como se pone de manifiesto por su difusión prodigiosa e imparable. ¿Qué novedad aportaba que resultaba tan atractiva? En las religiones antiguas, los dioses no se interesaban demasiado por los hombres (por poner un ejemplo: en las religiones mesopotámicas, los dioses habían creado a los hombres para librarse del yugo del trabajo, ¡imagínalo que se preocupaban por ellos!). El elemento constante de las religiones antiguas es que las divinidades no podían amar, porque el único amor conocido era el amor como deseo (*eros*). De hecho, aceptar que los dioses tuviesen deseo —*eros*— implicaba reconocer en ellos una carencia, que no se correspondía con su naturaleza perfecta de dioses.

En este contexto, el cristianismo irrumpe desvelando la naturaleza de Dios, introduciendo un nuevo significado de la palabra “amor”: la caridad (*caritas*).

El primer signo de este amor es la donación del ser. El corazón del hombre —cuando es sencillo y leal— es capaz de reconocerlo: «Por eso el primerísimo sentimiento que tiene el hombre es el de estar frente a una realidad que no es suya, que existe independientemente de él y de la cual depende. Traducido esto en términos empíricos, se trata de la percepción original de un *dato*. [...]: “dado”, participio pasado, implica que hay algo que “dé”. La palabra que traduce en términos plenamente humanos el vocablo “dato” y, por tanto, el primer contenido de nuestro impacto con la realidad, es la palabra “don”» (L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 1998, p. 146).



Ahora bien, resulta evidente que dentro de esta realidad dada, donada, estoy también yo como persona; ante esta evidencia, la razón, si es usada según su verdadera naturaleza de exigencia de significado total, no puede más que concluir: «En este momento yo, si estoy atento, es decir, si soy una persona madura, no puedo negar que la evidencia mayor y más profunda que percibo es que yo *no me hago a mí mismo*, que no me estoy haciendo ahora a mí mismo. Yo no me doy el ser, no me doy la realidad que soy, soy algo “dado”. Es el instante adulto en que descubro que yo dependo de otra cosa distinta. Cuanto más profundizo en mí mismo, si quiero llegar hasta el fondo de mi ser, ¿de dónde broto? No de mí, sino *de otra cosa*. Es la percepción de mí mismo como un chorro que nace de una fuente. Hay otra cosa que es más que yo, y que me hace. Si el chorro de una

fuentes pudiera pensar, percibiría en el fondo de su fresco brotar un origen que no sabe qué es, que es otra cosa distinta de él. Se trata de la intuición, que en todo momento de la Historia han tenido siempre los espíritus humanos más agudos, de esa misteriosa presencia que es la que permite que el instante —el yo— tenga consistencia. Yo soy “tú-que-me-haces”. Sólo que este

“tú” es algo absolutamente sin rostro; uso la palabra “tú” porque es la menos inadecuada en mi experiencia humana para indicar esa presencia desconocida que es, sin comparación, mayor que mi realidad de hombre. Pues, si no, ¿qué otra palabra podría usar? Cuando pongo mi mirada sobre mí y advierto que yo no estoy haciéndome a mí mismo, entonces yo, yo, con la vibración consciente y plena de mi afecto que acucia en esta palabra, no puedo dirigirme hacia la Cosa que me hace, hacia la fuente de la que provengo en cada instante, más que usando la palabra “tú”. “Tú que me haces” es, por tanto, lo que la tradición religiosa llama dios; es aquello que es más que yo, que es más yo que yo mismo, aquello por lo que yo soy. Por eso la Biblia dice de Dios “tam Pater nemo”» (*Ibidem*, p. 152).

Este reconocimiento sencillo le bastaría al hombre para no sentirse solo en medio de la

realidad. Podría vivir con la conciencia de hijo de un Dios que es Padre. Pero muchas veces, al olvidar esta evidencia elemental, el hombre vive como huérfano.

El olvido del hombre a lo largo de los siglos no ha cambiado la naturaleza de Dios. Es más, esta lejanía es la ocasión para Él de desvelar su verdadera naturaleza. Al igual que una madre, ante la testarudez del niño, se ve obligada a sacar sus entrañas de madre, del mismo modo Dios, en la trayectoria de la Historia humana, lleva a cabo un movimiento que renueva y hace concreta la gratuidad que constituye Su naturaleza: Dios se entrega a Sí mismo en Cristo.

Escribe Luigi Giussani: «La naturaleza de Dios se presenta al hombre como don absoluto: Dios se da, se da a Sí mismo al hombre. Y, ¿qué es Dios? La fuente del ser. Dios da el ser al hombre: da al hombre ser, da

al hombre ser más, crecer; da al hombre el ser completamente él mismo, crecer hasta su plenitud, es decir, da al hombre el ser feliz (feliz, es decir, totalmente satisfecho o perfecto; como siempre he dicho, perfecto y satisfecho en latín y en griego son la misma palabra: *perfectus*, es decir perfecto o cumplido, un hombre



satisfecho es un hombre que ha llegado a su plenitud). Se ha dado a mí dándome su ser: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza». Y más tarde, cuando el hombre menos se lo esperaba, cuando no podía ni siquiera soñarlo, cuando ya no se lo esperaba, cuando ya no pensaba en Aquél de quien había recibido el ser, éste vuelve a entrar en la vida del hombre para salvarla, vuelve a darse a Sí mismo muriendo por el hombre. Se da por entero, don de Sí mismo total, hasta llegar a: «Nadie ama tanto a sus amigos como quien da la vida por ellos». Don total» (*¿Se puede vivir así?*, Encuentro, Madrid 2007, pp. 237-238).

Pero don Giussani no se limita al aspecto objetivo imponente del don de sí mismo, sino que añade que este don de sí es un don «conmovido»: «El segundo factor –el primero es el esencial– es como el adjetivo al sustantivo, es adje-

tivo; que sea adjetivo significa que se apoya, que se apoya en el sustantivo, por eso se considera secundario respecto al primero. Y, sin embargo, es el más impresionante, y nosotros –lo apostaría– jamás lo hemos pensado y no lo pensaríamos nunca si Dios no nos hubiera puesto juntos. ¿Por qué se entrega a mí? ¿Por qué se dona a mí creándome, dándome el ser, es decir, a Sí mismo (se da a Sí mismo, esto es, me dona el ser)? ¿Por qué, además, se hace hombre y se me da para hacerme de nuevo inocente [...] y muere por mí (lo que no era en absoluto necesario: bastaba con un chasquido de dedos y el Padre habría tenido que actuar)? ¿Por qué muere por mí? ¿Por qué este don de sí mismo hasta el extremo de lo concebible, más allá del extremo de lo que se pueda concebir? Llegados a este punto tenéis que buscar y aprender de memoria la frase del profeta

Jeremías, en el capítulo treinta y uno, versículo tres y siguientes. Dice Dios a través de la voz del profeta que en Cristo se realiza (pensad en la gente que estaba con aquel hombre, aquel hombre joven que obraba estas cosas): «Te he amado con un amor eterno, por eso te he atraído hacia mí [es decir, te he hecho partícipe de mi naturaleza], teniendo piedad de tu nada», yo siempre he traducido así esta frase. «Teniendo piedad de tu nada». ¿Qué significa? ¿De qué se trata? ¿De un sentimiento, de un sentimiento! De un valor que es sentimiento. Porque el afecto es un sentimiento; tener «afecto por» es un sentimiento, pero es un valor. Es un valor en la medida en que tiene razones; si no tiene razón alguna, no hay afecto que sea un valor, porque falta la mitad del yo, el yo está partido al nivel del ombligo, tan sólo queda una parte, la baja» (*Ibidem*, p. 239).

Sólo una persona conmovida por la conmoción de Jesús es capaz de hablar de la caridad como «don conmovido de sí»: «La caridad de Dios por el hombre es una conmoción, un don de Sí mismo que vibra, que se agita, que se mueve, que se realiza como emoción, en la realidad de una conmoción: se conmueve. ¡Dios que se conmueve! «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?, dice el salmo» (*Ibidem*, p. 240). >>

Sólo una persona conmovida por la conmoción de Jesús es capaz de hablar de la caridad como «don conmovido de sí»: «La caridad de Dios por el hombre es una conmoción, un don de Sí mismo que vibra, que se agita, que se mueve, que se realiza como emoción, en la realidad de una conmoción: se conmueve. ¡Dios que se conmueve! «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?, dice el salmo» (*Ibidem*, p. 240). >>



» Don Giussani es consciente de que es posible reducir este aspecto traicionándolo, tal como nos advierte el Papa al comienzo de la encíclica. Por eso, nos dice: «Pero hay que prestar atención a un particular: esta conmoción y esta emoción entrañan, conllevan, un juicio y un palpar del corazón. Es un *juicio*, por eso es un valor –digámoslo así– racional, no tanto porque pueda ser reconducido y reducido a un horizonte abarcable por nuestra razón, sino racional en el sentido de que da razones, lleva consigo su razón. Y se convierte en un *palpar del corazón* por esta razón. La emoción o conmoción que no lleve consigo este juicio y este estremecerse del corazón no es caridad. ¿Cuál es su razón? “Te he amado con un amor eterno, por eso te he hecho partícipe de mí, teniendo piedad de tu nada”: el corazón se estremece por la piedad de tu nada, pero la razón es que tú participes en el ser» (*Ibidem*, p. 243).

Todo el Nuevo Testamento afirma esta absoluta primacía del amor de Dios. Las cartas de Juan lo expresan de manera definitiva: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados. Queridos hermanos: si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros» (1 Jn 4, 10-11). Y más adelante: «Amemos a Dios, porque Él nos amó primero» (1 Jn 4, 19).

El Papa nos recuerda esta novedad en su primera encíclica: «La verdadera originalidad del Nuevo Testamento no consiste en nuevas ideas, sino en la figura misma de Cristo, que da carne y sangre a los conceptos: un realismo inaudito» (*Deus caritas est*, 12).

Este amor conmovido de Dios, que se ha hecho evidente en Cristo, es el único capaz de corresponder a la naturaleza necesitada del hombre, a su carencia. Por eso el hombre se siente tan atraído por Él, como ponen de manifiesto las palabras de Jacopone da Todi: «Cristo me atrae por entero, tal es su hermosura». La Belleza se ha hecho carne, y el cristianismo es jus-

tamente la sorpresa de la fascinación que procede del atractivo de Cristo, un atractivo que impresionó a aquellos dos primeros discípulos, Juan y Andrés, que desde el día que Le conocieron se volvieron Suyos. Ahora sabemos por qué Le siguieron, porque «la caridad [...] señala el contenido más profundo, descubre lo íntimo, descubre el corazón de la Presencia reconocida por la fe» (L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op., cit., p. 234.), y que hoy asombra también a los que Le pertenecen. No habría cristianismo si no se diera esta sorpresa que ningún error humano puede impedir.

Por este motivo, «el primer objeto de la caridad del hombre se llama Jesucristo. El primer objeto del amor y de la conmoción del hombre se llama “Dios hecho carne por nosotros”» (*Ibidem*, p. 246).

Este amor ilimitado de Dios que se ha desvelado en Cristo despierta por completo el afecto del hombre que lo acoge: «Mientras vivo en esta carne, vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí» (Ga, 2, 20). La personalidad cristiana está totalmente definida por este reconocimiento. Los cristianos son aquellos que lo testimonian:

«Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él» (1 Jn, 4, 16).

«El afecto a Cristo, la sorpresa continua ante el don conmovido de Sí que el Misterio lleva a cabo en nuestra Historia genera con el tiempo un sujeto capaz de interesarse por el destino de cada hombre, no de forma ideológica o mecánica, sino como compasión y cercanía, como don conmovido de sí, que da testimonio de la prioridad originaria del Misterio» (P. Martinelli). «Porque si Dios no se hubiera hecho hombre, nadie podría plantear su vida con esta gratuidad, ninguno de nosotros se atrevería a mirar su vida con esta generosidad» (L. Giussani, *El yo, el poder, las obras*, Encuentro, Madrid 2001, p. 122).

Se comprende entonces el porqué del comienzo de la reciente encíclica del Papa: «La caridad en la verdad, de la que Jesucristo se ha



hecho testigo con su vida terrenal y, sobre todo, con su muerte y resurrección, es la principal fuerza impulsora del auténtico desarrollo de cada persona y de toda la humanidad» (*Caritas in veritate*, 1). ¿Por qué? Porque «*todo proviene de la caridad de Dios, todo adquiere forma por ella, y a ella tiende todo*. La caridad es el don más grande que Dios ha dado a los hombres, es su promesa y nuestra esperanza» (*Caritas in veritate*, 2).

Esta caridad ilimitada de Dios hacia nosotros, más satisfactoria que cualquier hipótesis de individualismo o de autodeterminación, nos hace, a su vez, sujetos de caridad: «Los hombres, destinatarios del amor de Dios, se convierten en sujetos de caridad, llamados a hacerse ellos mismos instrumentos de la gracia para difundir la caridad de Dios y para tejer redes de caridad» (*Caritas in veritate*, 5).

De la sobreabundancia de la caridad, de la plenitud del amor del que hemos sido objeto, puede brotar la gratuidad. ¡No de una carencia, sino de una sobreabundancia! «Y, porque existe este Cristo, ya no hay ningún hombre que no me interese. ¡Haría que leer ciertas notas de Madre Teresa y de sus hermanas! Especialmen-



te una que siempre leía hace años, que habla de cuando una hermana de Madre Teresa encontró a un hombre a punto de morir, en una cloaca al aire libre; lo tomó consigo, lo llevó a casa, lo lavó, lo arregló y aquel hombre dijo: “He vivido como un desgraciado y muero como un rey”. ¡Sólo un cristiano puede hacer esto! Amar a Cristo y en Él, es decir, según su modalidad, a los hermanos; dedicación de uno mismo (don de uno mismo) y conmoción por los demás, por el otro. En conclusión, se trata del yo que afirma al tú, es el yo que se consume, que muere por el tú» (L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 246).

Pero, ¿quién es capaz de un amor así?

Don Giussani afronta desde esta perspectiva, con una novedad inaudita, dos de las cuestiones más incomprensibles de la experiencia cristiana: el sacrificio y la virginidad.

### 3. CUANDO EL SACRIFICIO Y LA VIRGINIDAD SE VOLVIERON INTERESANTES

«No existe ningún ideal por el que podamos sacrificarnos, porque conocemos la mentira de todos, nosotros que no sabemos qué es la verdad». Esta frase del pensador francés André Malraux (*La tentation de l'Occident*, Bernard Grasset, París 1926, p. 216), de un realismo atroz, expresa a la perfección la reacción humana ante el sacrificio. El sacrificio se presenta ante el hombre como algo contrario a su naturaleza, que está hecha para la felicidad. Para que el sacrificio se convierta en un valor es necesario descubrir algo por lo que merezca la pena hacerlo.

¿Cuándo ha empezado a resultar interesante el sacrificio? El sacrificio ha empezado a resultar interesante cuando el hombre, lleno de asombro por la gratuidad de Dios hacia él, ha intui-

do que no había nada más inteligente que reconocerLe. La única razón adecuada para poder darLe todo es la experiencia de esta preferencia del amor de Dios. El sacrificio nace de la conmoción por el amor de Cristo. «Hermanos: nos apremia el amor de Cristo, al considerar que, si uno murió por todos, todos murieron. Cristo murió por todos, para que los que viven, ya no

vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos» (2 Co 5, 14-15).

«El sacrificio más verdadero es reconocer una presencia. ¿Qué quiere decir reconocer una presencia? Que el yo, en lugar de afirmarse, te afirma a ti. Afirmar el tú es la mayor entrega: “Nadie ama tanto a un amigo como quien da su vida por él”. Es lo mismo que dar la vida. Afirmarte a ti para afirmarme yo, para hacer que viva yo, afirmarte a ti como meta de mi obrar; afirmarte, es tener amor a ti. [...] Afirmar al otro implica olvidarnos de nosotros mismos, que es lo contrario de estar apegados a nosotros mismos; entonces nos sacrificamos por el otro. El sacrificio más verdadero es reconocer una presencia, lo que equivale a decir que el sacrificio más verdadero es amar» (L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 282). >>>

» El reconocimiento de Cristo, la atracción que ejerce Su belleza, el anhelo lleno de conmoción que experimenta quien se encuentra con Él: esto es lo único que puede llenar toda la capacidad afectiva del hombre, toda la falta de la que hablaba Luzi. La experiencia de esta plenitud hace posible una relación gratuita con las personas y las cosas. Esta relación nueva se llama virginidad, que Giussani define como «posesión con una distancia dentro». «Para pensar en tu vida (en ti, a quien conozco de vista), para amar tu destino, para amar tu felicidad, para amar tu alegría [...]. Para amar verdaderamente a una persona hace falta una distancia. ¿Adora más a su mujer un hombre cuando la mira a un metro de distancia, maravillado por el ser que tiene delante, casi arrodillado aunque esté en pie, casi arrodillado delante de ella, o cuando la toma?» (*Ibidem*, pp. 299-300).

Y, como documentación de esta nueva forma de poseer, Giussani pone el ejemplo de la Magdalena: «¿Quién poseyó más a la mujer de la calle, a la Magdalena: Cristo, que la miró un instante mientras pasaba delante de ella, o todos los hombres que la habían poseído? Algunos días después, cuando ella lavó, llorando, sus pies, estaba respondiendo a esta pregunta» (*Ibidem*, p. 300).

Ésta es la forma que tiene Cristo de amar. «Cuando uno se acercaba a veinte metros de Él, se veía traspasado por esa Presencia y volvía a casa llevando dentro aquella figura que tardaba días en desaparecer, ¡habría tenido que hacer un esfuerzo para arrancarla de sí! De esta manera, Cristo entraba en relación con las personas realizando un amor más útil, un amor más *compañía* para el camino, un amor que hacía más ligero el camino, un amor que anticipaba, como un temblor incipiente, la ternura eterna» (*Ibidem*, p. 300).

¿Quién no desea ser alcanzado por una mirada así? Para que esta mirada siga estando pre-

sente en el mundo, Dios elige a algunos para que «proclamen delante de todos, en cada instante –pues toda su vida está hecha para esto–, que Cristo es lo único por lo que merece la pena vivir» (L. Giussani, *El templo y el tiempo*, Encuentro, Madrid 1995, p. 24).

### CONCLUSIÓN

«Te he amado con un amor eterno y he tenido piedad de tu nada» (cfr. Jr 31, 3): esta noticia que nos alcanza desde la historia del pueblo judío me conmueve profundamente. El Misterio que hace todas las cosas ha tenido piedad de mi nada, de nuestra nada. También la Virgen lo reconoció: «El Señor ha mirado la nada de Su sierva». Esta piedad de Dios hacia nosotros se

da “antes” que cualquier otra consideración – hasta el punto de que no está ligada a nuestra capacidad: la preferencia de Dios es totalmente gratuita, y nos aferra tal como somos–, y por eso constituye la razón que está en el origen de cualquier iniciativa nuestra hacia los demás, indicando su método: la gratuidad.

Si nuestros esfuerzos por amar y ayudar a los demás a través de los gestos que

llamamos de caridad no parten de aquí, antes o después nos cansaremos, lo que hacemos nos desgastará y, con el tiempo, nos volveremos sordos a nuestra necesidad y a la de nuestros hermanos los hombres. De aquí viene la tentación de encerrarnos en el individualismo, que es indiferente a todo y a todos, y que hace que al final estemos solos. Pero el asombro ante Cristo, que ha tenido piedad de nuestra nada y se ha inclinado hasta convertirse en uno de nosotros, es capaz de vencer nuestra confusión e impotencia, y nos llena de esa plenitud que nos permite aceptar cualquier sacrificio, hasta llegar a la posibilidad, humanamente inconcebible, de dar la vida para que otro viva, exactamente como ha hecho Jesús con cada uno de nosotros y como haría una madre cristiana con su propio hijo. II

